**Lectura y escuela:  Prácticas literarias y selección de textos  (Extracto)**
Carola Hermida, Mila Cañón y María José Troglia

**Seleccionar literatura en la escuela**

*Enseñar literatura no puede significar otra cosa que educar en la literatura, que ayudar a que la literatura ingrese en la experiencia de los alumnos, en su hacer, lo que supone, por supuesto, reingresarla en el propio. Educar en la literatura es un asunto de tránsito y ensanchamiento de fronteras. Y un asunto vital, en el que necesariamente están implicados los maestros y profesores, aunque no sólo ellos.* Graciela Montes

En esta relación compleja y tensa entre la literatura y la escuela, son variadas las formas de promocionar la lectura. Por un lado se puede optar por  el desarrollo del hábito lector a través de la gestión de estrategias más libres y/o lúdicas, como por ejemplo, la biblioteca del aula y  por otra parte, las lecturas comunes seleccionadas por el docente que permiten la formación de la competencia literaria específicamente –relacionada con el  área de literatura.

Para reorientar las reflexiones en torno a este debate, es necesario que los adultos/selectores no pierdan de vista la intuición desarrollada como lectores de literatura, acerca de cuáles son los textos que los lectores infantiles y juveniles deberían leer. La cantidad de propuestas pedagógico-didácticas ya tienen realizadas sus opciones, portan ideologías, decisiones políticas y llevan a descuidar la pregunta continua de qué dar de leer: se deja de buscar, de indagar.

Cuando se aborda la cuestión de las lecturas comunes, es necesario distinguir estas dos intenciones en el acto de dar de leer: si el interés se funda en desarrollar el hábito lector, en promover la lectura entre alumnos con escasas o nulas experiencias lectoras, entonces los proyectos se orientarán hacia actividades lúdicas, más libres, individuales, donde se puedan recorrer diferentes textos para ingresar al mundo de las letras sin prejuicios. Si el fin es seleccionar textos para desarrollar contenidos que tienen que ver con el área de lengua, específicamente con el bloque de literatura, las opciones las hará el docente de acuerdo con lo que seleccione y jerarquice y con lo que funcione para él como canon, con el curriculum oculto o con directivas institucionales. Por supuesto, que los textos de lectura común serán valiosos como lecturas en sí mismas, para leer también porque sí. Muchos acceden a los títulos clásicos de la literatura universal como primeras lecturas, ya sea porque los encuentran en las bibliotecas familiares o en las bibliotecas públicas y a partir de estos gestos fundantes de la experiencia lectora construyen su historia en relación con la literatura.

El problema de la selección se vuelve complejo cuando el selector/mediador se instala en un cómodo lugar que es el modelo de la repetición, esto tiene que ver con el canon escolar y con la experiencia en el aula: hay lecturas que funcionan y se cree que esto es así siempre y para todos. Esto no se relaciona con una decisión de seleccionar textos significativos cultural y socialmente hablando, sino con un estancamiento en ciertos lugares y roles que  tranquilizan  y con las exigencias institucionales y burocráticas que a veces atosigan...

Seleccionar textos canónicos es una decisión que debe darse sabiendo que existen otras lecturas, a veces en vías de legitimación, otras veces no legitimables aún por la institución, que ingresan y producen cruces interesantes. Como docentes comprometidos en esta tarea de mediación se debe saber qué leen los niños, qué eligen leer y cómo lo hacen.

Los espacios de circulación de la lectura entre los niños y los adolescentes son permeables al punto de permitir el ingreso de géneros alternativos que parecen tener una incidencia casi exclusivamente allí y permanecen ocultos para el resto de los lectores.  La multiplicidad de géneros y de cruces que se producen entre ellos  da cuenta de una problematización del status de lo literario, ya que muchas veces los niños  y  jóvenes leen textos que han perdido su especificidad, es decir justamente su carácter de literarios, para ponerse al servicio de algún otro interés.

Existen formas de producción, circulación y recepción que muchas veces escapan a la escuela y a las instituciones que determinan qué se debe leer, por ejemplo ciertos fenómenos editoriales señalan que hay textos que se escriben, se venden y se leen sin que la escuela los incorpore a sus listas de lecturas. En este sentido, el caso Harry Potter es muy significativo.
Ante la experiencia de incorporar una de las novelas de Rowling en un séptimo año de una escuela marplatense –Buenos Aires, Argentina– como texto de lectura común para adolescentes, más una lista de novelas de literatura argentina y universal, se  reprodujo de algún modo el fenómeno Potter: este último fue elegido como el libro más leído, ganador de todas las encuestas, seguido por textos de Stevenson, Bioy Casares y Silvina Ocampo, Ítalo Calvino, Graciela Montes, Marcelo Birmajer y otros autores absolutamente legitimados y canónicos dentro y fuera de la escuela.

El caso Potter desde algunos aspectos, además de tratarse de un récord de ventas que sorprende al mercado, es un fenómeno mucho más amplio que involucra varios aspectos en relación con la lectura: por un lado se trata de libros que los padres compran a sus hijos, los regalan, los eligen para ellos, es decir, los legitiman ante ellos. Por otro, los libros no sólo se gozan y se desean, sino que las derivaciones de su lectura se socializan, es decir que se da un proceso de comunicación de lo leído entre los pares, se da cuenta de lo leído ante otros, que comparten la experiencia. Éste es exactamente el efecto de lectura deseado cuando proponemos la lectura de textos literarios. Estos mismos lectores se convierten en  agentes de promoción de la lectura de estas novelas en la medida en que duplican la tarea de sus padres al regalarlos, elegirlos, recomendarlos para sus amigos, es decir que valoran al libro como objeto que debe ser leído, reconocen su valor y su función. Y algo más, como se trata de una saga, esperan las futuras incidencias de la escritura, entran al juego de ver ¿qué más puede pasar? con esta historia, proyectan, despliegan el horizonte de posibilidades de la escritura, en su imaginación planifican y escriben el libro que desean. ¿Qué se quiere, sino esto, cuando se  intenta transmitir el placer de leer? Quizás la pregunta del  adulto, por qué los chicos leen cada vez menos, se deba reformular de este otro modo ¿por qué los chicos no quieren leer lo que nosotros queremos que lean?

Padres, bibliotecarios, animadores, maestros, profesores de literatura...  Si el  deseo como lectores adultos se basa en democratizar la lectura, en hacerla libre y abierta para todos, en volverla viva y activa,  se puede comenzar o recomenzar- por leer literatura, seguir por ofrecerla a los lectores en formación con la misma pasión con que se ejerce la práctica solitaria de su lectura.  Y aceptar que los lectores no son todos iguales; que hay un universo de experiencias previas de lectura determinando el modo de ingreso al libro y sus posibles rutas, su tránsito por él; que la lectura no se impone, se ofrenda; que no todos van a gustar del mismo modo de los libros que se aman; que hay gente que elige no leer, tal como sostiene, en sus Derechos del lector, Daniel Pennac:

...la libertad de escribir no puede ir acompañada del deber de leer.
En el fondo, el deber de educar consiste, al enseñar a los niños a leer, al iniciarlos en la Literatura, en darles los medios de juzgar libremente si sienten o no la necesidad de los libros. Porque si bien se puede admitir perfectamente que un individuo rechace la lectura, es intolerable que sea o se crea rechazado por ella. Es inmensamente triste, una soledad en la soledad, ser excluido de los libros..., incluso de aquellos de los que se puede prescindir. (1994: 147)

Si el mensaje es que la literatura realmente se vive como algo apasionante de lo que no se pueden perder, se deberá dejar que estos lectores entren lentamente al mundo de la literatura y que se vayan instalando hasta sentirse cómodos en él; después podrán elegir, abandonar, repetir sus lecturas.

Y algo más, la palabra libera, por eso  leer literatura en la escuela sirve para algo más que para saber hacer guías de análisis, encontrar en los textos las clases de palabras, poner etiquetas de movimientos, períodos y corrientes, sirve para crecer y para ser libres.